

LA CRUZ MÁS SANTA



LEYENDA DEL SIGLO XV

I.

Alboreaba el siglo décimoquinto de la era cristiana á cuyas efemérides pertenecen las glorias de la invencion de la imprenta, del descubrimiento de América, de la conquista de Granada y de la terminacion de los bandos de Oñez y Gamboa, que por espacio de más de dos centurias habian desolado la region basco-cántabra.

Estos funestos bandos estaban más enconados que nunca al alborrear aquel dichoso siglo, y particularmente lo estaban en los valles occidentales de Bizcaya conocidos desde tiempo inmemorial con el nombre de Encartaciones, conmemorativo de la carta ó pacto que mediaba entre ellos y el resto de Bizcaya.

Aunque por regla general los linajes estaban afiliados en uno ú otro bando, algunos habia que no lo estaban en ninguno, por cuya circunstancia se llamaba hombres comunes á los no abanderizados. Los hombres comunes eran respetados por los banderizos, pero esto no obstaba para que el vulgo los considerase como poco celosos de su honra y pobremente dotados de lo que en aquel tiempo se consideraba como la mayor virtud, que era el valor para combatir con una espada, una lanza ó una ballesta en la mano.

Entre los pocos hombres comunes de las Encartaciones se contaban los del linaje de Aranguren de Baracaldo, rama desprendida hacia siglos del glorioso árbol de Susúnaga, que florecia desde tiempo inmemorial en la misma república, y trasplantada al apacible vallecito

de Mendi-erreka, vegetaba allí con extraordinaria lozanía y ópimo fruto.¹

Señor de aquella casa era entónces Martin Sanchez de Aranguren, que siguiendo la tradicion de sus antepasados, buscaba la gloria por caminos muy distintos de aquellos por donde la buscaban los caballeros principales de su tiempo: aquellos caminos eran los de la paz y el trabajo bendecidos de Dios, aunque odiados de la generalidad de los hombres.

En esto seguía la costumbre iniciada por uno de sus predecesores que, queriendo reedificar y ampliar la casa primitiva del linaje, edificada, como casi todas las casas fuertes del país, en una colina desde donde sus moradores podían ofender y defenderse, dijo:

—La paz sea siempre en mi casa y en la de los que de mí vengan, y un ramo de olivo sea la única ballesta y el único muro que veden á los malos entrar á dañar en ella.

Y en efecto, en una hermosa, aunque estrecha pradera, que se extendía entre la colina y el río, levantó nueva morada y á su puerta plantó un olivo que le sobrevivió muchos siglos.

Las únicas memorias que quedan de la casa y olivo son las que voy á enumerar.

En Aranguren hay, escondida entre los nogales y los castaños, una modesta casa de moderna construcción en cuya fachada se lee:

«Sobre el antiguo solar
de la Torre de Aranguren.
Año 1848.»

(1) Hoy se conoce esta frondosa y pintoresca cañada, cuya extensión es de una legua, y cuya población no baja de cien fogueras, diseminadas en barricillos, con el nombre de el Regato. El cronista Lope Garcia de Salazar, que escribió en el siglo SV, le llama *Monte-regato*, traduciendo su nombre en castellano sin variar la sintáxis euskara, como se tradujeron otros nombres geográficos encartados cuando la lengua castellana fué sustituyendo allí á la bascongada. El nombre de Mendi-erreka debió traducirse por río ó más bien riachuelo del monte á que corresponden *mendi* (monte) y *erreka* (riachuelo), con que se diferenciaba la parte de aquel río correspondiente al monte, de la que correspondía á la llanura. En cuanto á la rama del linaje de Susúnaga, que arraigó en Mendi-erreka y tomó el apellido de Aranguren, nombre particular del sitio donde se estableció, el mismo Lope dice que de allí salieron muchos grandes y esforzados caballeros, y que su casa era grandiosa.

Y en Memerea hay un olivo que la tradicion dice proceder de otro muy viejo que habia hace dos siglos á la puerta de la torre de Aranguren.

II.

La torre de Aranguren era un edificio de piedra sillar, cuadrado y alto, que carecia de las saeteras y el muro exterior que tenian casi todas las torres solariegas, en cuya construccion las miras de defensa militar habian predominado sobre las de comodidad doméstica.

Esta comodidad era la que principalmente se habia buscado en la construccion de la torre de Aranguren.

Edificada entre el rio y la base de la colina de Olarte que la dominaba, no ofrecia capacidad correspondiente á la riqueza y la industria de sus señores, pero este defecto se habia subsanado con diferentes edificios secundarios que, arrancando de su espalda, se escalonaban en las estribaciones de la colina, hasta el primer termino de la planicie de esta, puestos todos ellos en comunicacion interior con la torre.

Estos edificios estaban destinados á habitacion de criados, establos de ganado, lagar y cubera, lonjas para el fierro y almacenes de granos y otros frutos de la industria agrícola y pecuaria, cuyo ejercicio habia valido á los señores de Aranguren el nombre de ganadores con que se designaba á los que curaban más de especulaciones industriales que de guerras de bandería.

La torre tenia dos picos altos destinados á habitaciones espaciosas y alegres y no reducidas y tristes como las de las torres fuertes donde todo se daba á la guerra, y poco más que nada á la paz, como que en sus muros, en vez de estrechas y sesgadas saeteras y ventanillas gemelas, daban paso al aire y la luz, y los perfumes campestres, anchas ventanas y aun puertas que comunicaban en el piso principal con un corredor ó voladizo exterior que circuia á la torre, entoldado de parras que trepaban á él desde los cuatro ángulos del edificio.

Y por último, frontero á este habia un oratorio ó ermita consagrada á la Madre de Dios, y cuyo altar se veia desde la torre, porque constituia la fachada principal de aquel pequeño, pero lucido templo,

un enverjado de fierro procedente de las ferrerías de los señores del solar de Aranguren.

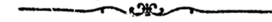
De la torre no queda más que el recuerdo consignado en la fachada de la casa levantada en su solar, y sin duda con sus materiales, en 1848, pero del oratorio queda un lienzo de pared lateral que sirve de cerradura á un huertecillo lleno de frutales.

De los pacíficos señores que habitaron la torre quedan, desde Amézaga á Tellitu, puntos extremos de aquel lindo, estrecho y amenísimo valle, memorias singulares que ha conservado de generacion en generacion el honrado, gallardo é inteligente pueblo que allí habita.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Se continuará.)

Curiosidades bascongadas



PREGUNTA 70

Etimología de las voces *Euskara*, *Euskaldunak*, *Erdara* y *Erdaldunak*.— Se desea saber cuál es la etimología de estas palabras, corroborándola con datos históricos y literarios.

UN AMANTE DEL BASCUENCE.

LA CRUZ MÁS SANTA



LEYENDA DEL SIGLO XV.

III

Era una hermosa mañana del mes de Agosto, y oñacinos y gamboinos estaban á punto de venir á las manos en la llanura que precede á Mendi-erreka, llanura que entónces estaba poblada de arboledas, y no como ahora, convertida en fértiles tierras labrantias.

Los oñacinos cubrian las estribaciones del Argalarío, á donde habian trepado por Aguirre y Susúnaga, y los gamboinos las lomas opuestas desde Oquéluri hasta Basuchu.

Entre los oñacinos que capitaneaba Ochoa de Salazar, el de Muñatones, se contaban los de Achuriaga, los de Martiartu, los de Zaldibar, los de Butron, los de Leguizamon, los de Múgica, los de Susúnaga, y otros banderizos no ménos esforzados, y entre los gamboinos, á cuya cabeza estaba Fortun Sanchez de Salcedo, se distinguian los de Ibargüen de Elorrio, los de Muncharaz, los de Echeburu, los de Atucha, los de Tosobando, los de Bildósola, los de Largacha y muchos más solariegos principales.

Los mancebos de Achuriaga, que siempre eran los más sañudos y audaces del bando Oñacino, descendieron los primeros hácia Bengolea y empezaron á insultar y retar á los contrarios de la banda opuesta del rio.

Pronto uno y otro bando se fué corriendo hácia la llanura y descendiendo á esta, donde poco despues se trabó la pelea, cuyo horrible rumor atronaba el bosque, desde Amézaga á Landáburu,

La lucha duraba aún una hora despues, velada por la sombra de los robleales y los castañares de la extensa llanura. De repente se vió á los ñacinos abandonar el campo en completo desórden, unos yendo á refugiarse en las torres de Landáburu, otros en las de Zuazu y otros procurando ascender á Susúnaga y Aguirre.

No pocos de ellos caian en la huida, rendidos por el calor, el cansancio y las heridas que habian recibido en el combate ó alcanzados por sus perseguidores que les daban muerte sin misericordia, y no pocos perecian al vadear el rio que limitaba por el Oeste la llanura y á la sazón hacia invadeable la marea que alcanzaba aún más arriba de allí.

La huida de los ñacinos hácia la embocadura del valle de Mendi-erreaka era punto ménos que imposible, porque, para impedirla, se habian corrido hácia aquella parte fuerzas gamboinas. Sin embargo de esto, un gallardo mancebo ñacino, inerme y cubierto de sangre propia y extraña, apareció en la calzada que, atravesando el puente de Erri-ederto, nombre equivalente á *lugar hermoso*, que ya, pasando por modificaciones eufónicas, habia de convertirse en Retuerto, se dirigía al oriente trepando al collado de Oquéluri, para descender al Cadagua en Burceña.

El fugitivo tomó la márgen derecha del rio, á la sazón sombreada de seculares robles, y no como hoy dedicado á feraces tierras labrantías, sin duda con la esperanza de hallar su salvacion Mendi-erreaka arriba.

Al emparejar con la singular fuente de Amézaga, cuyo raudal, entónces más caudaloso que en ninguna otra estacion del año,¹ serpenteaba á través de la arboleda, en un repechillo sombreado de los carrascos que le daban nombre,² sintió ánsia de apagar en ella la ardiente sed que le devoraba; pero temeroso de que los enemigos le persiguiesen y le alcanzasen si se dirigía á ella, continuó rio arriba, esperando calmar su sed en la saludable y fresca fuentecilla de Igúliz que pronto encontraría á su paso, ya que no la calmase en el agua del rio, que debia estar tibia por efecto del mucho calor de aquel dia y los

(1) No en vano llamo singular á la fuente de Amézaga, pues se observa en ella el fenómeno de que su caudal aumenta ó disminuye segun aumentan ó disminuyen los dias del año.

(2) Amézaga equivale á *carrascal* ó sitio de carrascos, que son una variedad del roble, que abundaba antiguamente en Bizcaya acaso más que la albar que hoy predomina. á juzgar por la nomenclatura geográfica.

anteriores, y á cuyo profundo cauce era peligroso descender en su estado.

Pasó el rio por un alto puente de piedra que se alzaba frente á la casa solar y la ferrería y el molino de Bengolea, y al volver allí la vista hacia la llanura, vió con terror que algunos peones gamboinos, ballesta en mano, dejaban en Erri-ederto la calzada paratomar rio arriba, sin duda en su persecucion.

Hizo un esfuerzo supremo para aligerar el paso, siquiera para llegar á Gorostiza y ocultarse en alguna de las casas de aquel barrio, cuyos habitantes pasaban por afectos al bando oñacino, pero una gran humareda que hacia Gorostiza se alzaba, le hizo temer un nuevo contratiempo.

En efecto, el molino y las casas de Gorostiza eran monton de escombros y de fuego y hasta habia sido talado el bosque de frutales que ya entonces ocupaba parte de la llanura que hoy es en su totalidad fructífera vega.¹

Mientras gainboinos y oñacinos se corrian hácia la llanura de Landáburu para emprender allí la lucha á que se habian retado, algunos peones de los primeros, por órden de sus caudillos, se habian encaminado á Gorostiza y habian entregado al fuego los edificios y árboles frutales para vengar los auxilios de mantenimientos que los gamboinos suponian haber sacado de allí los oñacinos, mientras estos permanecian en las estribaciones del Argalarío.

El mancebo siguió adelante cada vez con más dificultad. Esta se aumentaba al pasar por Gorostiza, con el calor de los edificios incendiados y el espectáculo de desolacion que ofrecia aquel barrio.

Ansiaba llegar a Igúliz para calmar la sed que le abrasaba, pero al llegar se encontró con que la fuentecilla habia dejado de manar, experimentando una de las intermitencias que la singularizaban.²

Faltábanle solo algunos centenares de pasos para llegar á Aranguen. Al subir una cuestecilla, en cuyo termino el camino daba media

(1) En esta vega se producen exquisitos frutos En la exposicion industrial y artistica celebrada en Bilbao en 1882, Silverio de Aguirre, vecino de Gorostiza, presentó doce melocotones que pesaban diez y nueve libras y media.

(2) La fuentecilla de Igúliz que brota orilla del camino en una roca, en el llano de Draga, ofrece en efecto la singularidad de la intermitencia. El 8 de Diciembre de 1883 empezó de repente a manar despues de haber estado seca durante algunos meses.

vuelta y desaparecía cerca de la torre de Martín Sánchez, volvió la faz y vió á los peones gamboinos que continuaban sin duda en su persecucion.

La mayor de sus dichas hubiera sido entónces poseer una lanza ó una espada para esperarles allí y terminar su vida peleando con ellos, pero careciendo de esta dicha, siguió aquella vía dolorosa algunos pasos más, y al fin cayó al suelo falto de toda fuerza y de toda esperanza.

IV.

Aquel mancebo era Fernando de Achuriaga, que habia esperado encontrar su salvacion tomando la vía de Mendi-erreaka para ascender por allí á las cumbres de Urállaga y descender á su solar de Galdames, atajo de que aun hoy día se valen los galdameses que tornan de Bilbao para ahorrar gran trecho de camino.

Fernando de Achuriaga era el mayor de los tres mancebos de aquella fuerte y noble casa, cuyos señores se singularizaron por más de un siglo entre los más valerosos y encarnizados banderizos de Oñaz, y precisamente era uno de los primeros que aquella mañana habian descendido de las estribaciones del Argalarío á retar á los gamboinos.

En el instante en que exhalando un débil grito de dolor y desesperacion caía al suelo, una hermosa doncella salía del oratorio, donde habia pasado gran parte de la mañana orando por los que peleando como Caines, sucumbian en la llanura, de donde el siniestro rumor de la pelea llegaba hasta Aranguren.

Apresuróse la doncella á pedir auxilio á los servidores de su casa, que era la torre inmediata, y con ayuda de ellos condujo al mancebo á la torre.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Se continuará.)

Eta gaur dan egunean, Señora ura da Jinebrako dama katolikoen artean jayera aundienetako bat.

Ona nola belaun makurtze soll batek erabaki zuen anima baten salbazioa edo galera. Emendik argiro ezagutzen da persona batek zenbateraño mugitu ditzakean besteak ona jarraitzera bere ejemploarekin eta belaun makurtze eta erreberenziak ondo egitearekiñ.

MANUEL ANTONIO DE ANTIA.

(Traducción del Mensajero del Corazon de Jesús, correspondiente á Abril de 1887.)

LA CRUZ MÁS SANTA

LEYENDA DEL SIGLO XV

(CONTINUACION).

En aquellos tiempos en Bizcaya era empírico el arte de curar, que solo se adquiría con la observacion y la práctica y ejercian por aficion ó caridad algunos y por lograría otros.

Entre los criados de Martin Sanchez de Aranguren se contaba un buen anciano que pertenecia al número de los primeros, y en toda la Encartacion gozaba fama de habilísimo en aquel arte. Así Martin como su hija Marina tenian la mayor complacencia en que Peruchon de Carranza, con cuyo nombre era conocido aquel su servidor, se ocupase sólo en la cura de los dolientes que requiriesen su auxilio, ora fuesen estos criados ó parientes de la casa, ora fuesen extraños á ella.

Por ventura del caballero de Achuriaga, al ser conducido á la torre por Marina, que no era otra la compasiva y hermosa doncella que tan á tiempo para reparar en el mancebo y acudir en su auxilio habia

salido del oratorio, se hallaba á la sazón el anciano servidor en la colina de Otarte acopiando salutíferas yerbas vulnerarias que él solo conocía.

Buscósele apresuradamente, y asistida de su señora y una buena dueña, á quien esta amaba como á madre, pues con ella había hecho veces de tal desde que le faltó la suya, prestó tan celoso y eficaz auxilio al herido, que muy pronto recobró éste el conocimiento y pudo ser conducido á un excelente lecho, restañadas y vendadas las heridas y con todas las probabilidades humanamente posibles de que había de salir de ellas.

Apenas era terminada aquella operación, la voz de «¡Ah de la torre!» se oyó bajo los nogales fronteros á esta.

Asomóse el mismo Peruchon de Carranza al corredor exterior, y vió que los que demandaban eran peones gamboinos, no dudando que fuesen los mismos que el caballero de Achuriaga, no bien recobró el conocimiento y habla había dicho ir en su seguimiento.

Grande fué el terror que se apoderó de Marina y sus servidores cuando salieron también al corredor; pero no tardaron en tranquilizarse, pues interrogados por el anciano, le respondieron:

—El señor Fortun Sanchez de Salcedo nos envía á saludar á su deudo el señor Martin Sanchez de Aranguren y á rogarle con mucho afincamiento que le plazca enviaros sin demora á prestar caritativa ayuda á muchos de su bando que yacen mal heridos en el campo de la lucha.

—Así lo haré al punto sin esperar licencia de mi amo y señor, que está ausente y tiénemela dada para tales casos, y curaré de gamboinos como de oñacinos, porque para mis señores y para mí no hay bando que deba ser preferido, y ménos cuando se trata de hombres dolientes y desafortunados.

—Bien haceis vos y vuestros señores en pensar así, pero hoy gamboinos solo curaréis, que de curar oñacinos heridos se han encargado las lanzas y las ballestas de los dueños del campo.

El anciano hizo un signo de dolor y compasión al oír esto último, y al notarlo añadieron los gamboinos.

—Cierto que es de lamentar tamaño ensañamiento, pero culpa no pequeña de ello tienen los caballeros de Achuriaga, á quienes Dios maldiga, porque ellos provocaron esta mañana la lid bajando del Argalario á retar sañudos y procaces á los gamboinos.

Peruchon de Carranza, despues de instruir á su señora en los cuidados que convenia prestar al herido durante su ausencia, cabalgó inmediatamente en una mula de gran andar, provisto de cuanto necesitaba para ejercer su bienhechor arte y partió valle abajo adelantándose pronto largo trecho á los peones gamboinos, que tomaron por la misma via despues de refrigerarse con un jarro de sidra que la hermosa y amada doncella de Aranguren hizo bajarles al nocedal.

Pocas horas despues regresaba á su casa Martin Sanchez de Aranguren que habia pasado el resto del día en las laderas del Cuadro ó Laurea, como entónces se llamaba aquella montaña, dirigiendo el trabajo de gran número de braceros que ocupaba allí roturando y cercando gran extension de terreno destinado á la siembra de trigo en el otoño inmediato.

Entónces apénas era conocido en Bizcaya el cultivo del más precioso de los cereales que se traía de Castilla y tenia aquí poco consumo. La cebada, el centeno, la avena y el mijo que se designaba con el nombre de borona, eran casi los únicos cereales que aquí se consumian, y aun estos se suplían en gran parte con la castaña que se cosechaba en gran abundancia y hasta se exportaba á reinos extraños.

El ganador de Aranguren era casi el primero que en Bizcaya habia cultivado el trigo, haciendo grandes roturas en los montes. Como entónces estos estaban vírgenes de todo cultivo y de todo despojo de sus sustancias vegetales, las cosechas que obtenia eran copiosísimas, y con ellas habia conseguido aumentar en gran manera la riqueza de su casa y estimular la imitacion en otros como él aficionados á las pacíficas fatigas agrarias, y no á las sangrientas y ruinosas lides de bandería.

Marina le esperaba con inquietud. Sabia que el corazon de su padre era magnánimo para con todos, pero sabia tambien que acaso eran los solariegos de Achuriaga los únicos hombres á quienes no alcanzaba esta magnanimidad, por los instintos belicosos de aquellos mancebos que contribuian no poco á las guerras de bando que desolaban á la noble y hermosa Encartacion, y temia que reprobase el hospedaje y los piadosos auxilios que en su casa habia encontrado el más belicoso é implacable de los tres hermanos.

Cuando Marina vió asomar á su padre por la arboleda que mediaba entre la torre y la ferrería y el molino de su propiedad, que subsisten aún á algunos centenares de pasos más arriba de donde existió la torre, se apresuró á salir á su encuentro.

Abrazó Martin con la dulce emocion de siempre á la hermosa, á la buena, á la santa doncella en quien cifraba en lo humano el mayor de sus amores, y Marina, con inquietud y timidez que le sobresaltaron algun tanto, le dió cuenta circunstanciada de la novedad que ocurría en la torre.

Por única contestacion, Martin volvió á estrecharla en sus brazos diciéndole:

—Hija mia, lo que has hecho es digno de ti y de mí.

Y ambos penetraron en la torre á donde poco ántes habia regresado el buen Peruchon, quedando muy satisfecho del estado en que encontró al herido.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Se continuará.)

AMA GUADALUPEKOARI.

Agur Guadalupeko
Ama Andre Maria,
Itsaso ta leorreko
Izar chit argia.
Ari dira lanean
Orain mendi ortan,
Baña Zu zaude bertan,
Ez juan jez! ortikan.

Ortik zu irten ezkeru,
Amacho jgu, nora
Geren atsekabeetan
Deika juango gera?
Egon bada beti or,
Ez juan arren ortik,
Euskaldunak umezurtz
Utzi gabetanik.

MIGEL ANTONIO IÑARRA-K.

Eztarri indartsutik urteniko diedar andi batek ekida¹ edo eche aretako zimentuetaraño ikaratu eban trumoe ikaragarri batek jarraitu-takoak, izan zan señalea, fraideak arin eta bat batera igasiari emoteko, eta andik laster ez zan sometan oetzat serbietan eutsen oloinpe edo tarima billosen sarata geldia, eta *jin pace.... dormiam et requiescam!... bakean lo egingo dot, eta atsedenduko naz!* aita irakasleak esaniko berbak baño besterik.....

ISIDORO RUIZ ARBULO ETA GOROSABEL-KOAK.

(Bukatuko da.)

LA CRUZ MÁS SANTA

LEYENDA DEL SIGLO XV

V.

Terminaba el otoño, y aun permanecía en la torre de Aranguren el caballero de Achúriaga, á pesar de hallarse ya completamente restablecido de sus heridas. Nadie sino su familia y los moradores de la torre tenían noticia de su permanencia allí, que Martin Sanchez cuidó no se divulgase para evitar que se dudara de la neutralidad de su casa en las guerras de bandería.

En la Encartacion nadie dudaba que Fernando de Achúriaga habia muerto en la sangrienta lid de Baracaldo, y aun no faltaba quien asegurase haberle reconocido entre los centenares de muertos que fueron sepultados al siguiente dia de la lid en una gran fosa que para ello se abrió cabe la iglesiade San Vicente. De esta misma conviccion aparentábase participar en el solar de Achúriaga, pues el escudo de armas de aquella noble casa estaba velado con paños negros

Trato con cualquiera otro de los banderizos no hubiera hecho sospechoso de parcialidad al ganador de Aranguren, pero el trato con los de Achúriaga era muy ocasionado á esta sospecha, por la implaca-

(1) Edificio.

ble saña que á aquellos mancebos singularizaba entre todos los de la parcialidad oñacina.

Si hubiera sido conocida del malicioso vulgo la larga y en parte voluntaria permanencia del mancebo en Aranguren, no hubiese faltado quien sospechase y aun murmurase, no de la virtud de Marina, á quien todos tenían por impecable, sino del sentimiento que retenía allí tan largo tiempo al de Achúriaga, tanto más cuanto este tenía en la Encartacion fama de enamoradizo.

Si el de Achúriaga hubiese sido tan codicioso de hacienda como de triunfos bélicos y amorosos, ocasion hubiera tenido en la torre de Aranguren de envidiar á los señores de aquella casa, que en lo abastada de positiva riqueza contrastaba con la suya, no obstante ser esta una de las más ricas de la Encartacion, hasta que sus señores dieron en cuidar más de banderías que de su hacienda.

Frutos de toda especie henchian la torre de Aranguren y los edificios adyacentes á ella. La miel y la cera de centenares de colmenas colocadas en múltiples y dilatadas hileras resguardadas de los frios vientos del Norte y del Noroeste en los soleados declives que dominaban á la planicie de Olarte; espacioso granero lleno hasta el techo de rico trigo; copia abundantísima de castaña, nuez, manzana y otros frutos; bodega enriquecida con un centenar de cubas de vino y sidra; lonja atestada de fierro labrado en las cuatro ferrerías que los señores de la torre poseían en Mendi erreka y alimentaban con la vena del Cuadro y el carbon de sus robledales y bortales de las vertientes del hondo y estrecho valle; corral y cobertizos, donde se albergaban centenares de aves domésticas y una docena de cerdos engordados con la bellota de los llanos de Uraga y la manzana de Sagastieta; gortes¹ donde toda clase de ganado mayor y menor enriquecía á sus dueños en diversos conceptos, entre ellos el de la produccion de abundante leche, que en gran parte se convertía en quesos inteligentemente elaborados en oficina dedicada exprofeso á ello; tal era, incompletamente mencionado, el fruto que los señores de Aranguren obtenían de su amor á la industria pacífica y fecunda, y su aversion á las banderías turbulentas, esterilizadoras y crueles.

Hacia tiempo que el caballero de Achúriaga habia manifestado su propósito de poner término inmediato á la hospitalidad, que habia

(1) Establos.

encontrado en Aranguren, trasladándose á su solar de Galdames; pero ese término se iba aplazando de un dia á otro, dando ocasion á ello, más que la falta de firmeza de su decision, el pesar que así Martin Sanchez, como su hija, mostraban de que dejase de sentarse á su hogar y su mesa.

No era el señor de Aranguren muy diestro en leer en el fondo de los corazones, porque como él llevaba siempre, como suele decirse, el suyo en la mano, creía que á todos cuantos le rodeaban les sucedía lo mismo, y nunca se habia ejercitado en adiestrarse en lecturas tan hondas. Sin embargo de esto, habia creído observar en el mancebo, y más que en este en su hija, pesar más grande que el que él sentia cuantas veces venia á su mente la ausencia del caballero de Achúriaga.

Al fin, una mañana, en ocasion de haber bajado Marina á orar en el oratorio, y de prepararse Martin á ausentarse de la torre para atender al granjeo de sus herrerías, que se preparaban á la labranza con la proximidad del invierno, única estacion en que el caudal de aguas de Mendi-erreaka les permitia labrar, el de Achúriaga le indicó con emocion inusitada en él, que deseaba decirle algo que interesaba grandemente á uno y otro.

Ambos caballeros se encerraron en una estancia, propia para practicar reservadamente.

—Señor Martin Sanchez,—dijo el de Achúriaga con humilde y balbuciente tono que denunciaba su inquietud interior,—desde que me cobija vuestro honrado techo han ido naciendo en mi sentimientos y ambiciones que eran para mi desconocidos, y á veces, como en esta ocasion, sacan lágrimas de mis ojos, como si mis ojos fueran los de débil mujer ó mancebo afeminado, y no como yo, viril y avezado á no conmovirse ni aun ante el estrago y la sangre de que llegué cubierto á vuestra noble casa.

Y al hablar así el de Achúriaga, ciertamente se arrasaban en lágrimas sus ojos.

El de Aranguren, tambien conmovido, le estrechó la mano diciéndole:

—Huelgo mucho de oir y ver eso en uno de los solariegos de Achúriaga, que pasan y han pasado siempre por extraños á tales sentimientos. Mostradme vuestro corazon con la confianza que deben inspiraros mis años y el amor en que he ido trocando, desde que lle-

gásteis á mi casa, si no el odio, porque yo nunca he llegado á odiar á nadie, la repulsion que me inspiraban las aficiones guerreras que parecian vinculadas en los de vuestro linaje.

—Pues señor, os juro por mi honra, que tales aficiones han muerto en mi.

—Plegue á Dios, amigo mio, que no resuciten, y estad cierto de que para mí y los míos, fuera gran dicha contribuir en todo, ya que hemos contribuido en parte, á trocar la vida que vos y los vuestros traeis por la que traemos nosotros.

—Señor, contribuir podeis en todo.

—Decidme cómo.

—Trotando el nombre de amigo que hoy me dais por el nombre de hijo.

—Eso es imposible—respondió Martin con tono decisivo, despues de meditar y vacilar un momento.

—¡Señor!...—murmuró el mancebo con tanta dificultad y tanto dolor como si un puñal, clavándose en su pecho, hubiese detenido su voz en la garganta.

—No me preguntéis,—continuó Martin—por qué razon me niego á daros el nombre de hijo, aunque esta negativa acaso sea para mí más dolorosa que para vos, que yo me apresuro á explicároslo. Los solariegos de Achúriaga, por más nobles que sean, son la personificacion de la guerra y la desolacion, y los solariegos de Aranguren son la personificacion de la paz y el trabajo fecundo. Paréceme que hasta los huesos de mis antepasados, que duermen bajo las santas bóvedas de San Vicente, se levantarían revestidos de carne mortal para maldecirme, si yo rompiese la bendecida tradicion de nuestra honrada casa, dando por sucesores en ella á los del linaje de Achúriaga, que tarde ó temprano asestarían el hacha al símbolo de paz que sombrea nuestro escudo.

El mancebo, que había escuchado estas palabras con terror parecido al de quien escucha su sentencia de muerte, quiso replicar, ó más bien hacer humildes observaciones al de Aranguren, pero este le interrumpió continuando:

—Tan firme es esta decision mia, que quisiera os aborreciese mi hija, cuanto yo os amo para que me ayudara á perseverar en ella.

—Señor, léjos de aborrecerme vuestra hermosa y santamente buena y pura hija, háme dado los testimonios que puede dar un

ángel de que su corazón corresponde á los sentimientos del mío.

Al oír esto, Martín se estremeció de espanto, inclinó la frente, quedó silencioso por algunos instantes, como entregado á dolorosísimas reflexiones, y levantándola al fin con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó con tono enérgico y supremamente decisivo:

—¡Mancebo, mi honrado techo no puede cobijaros ni un día más!

Poco después el caballero de Achúriaga abandonaba la torre de Aranguren, no saliendo de ella por la puerta principal para seguir calzada arriba, sino saliendo por la zaguera para tomar la colina de Olarte y buscar desde allí el camino de Galdames, á fin de disimular su procedencia de casa de Martín Sánchez.

Cuando Marina dejó el oratorio y subió á la torre, su padre le manifestó lo que había pasado entre él y el caballero de Achúriaga, lo que era tanto como manifestarle las razones que este había tenido para ausentarse sin despedirse de ella.

—Padre y señor,—dijo la doncella por única observación, besando la mano de su padre,—lo que habeis hecho es digno de vos y de mí.

Pero no bien su padre se alejó de la torre, Marina se encerró en su cámara, y allí rompió á llorar silenciosamente, mas con hondo desconsuelo.

VI.

Para comprender la resignación con que la hija de Martín Sánchez de Aranguren oyó de boca de su padre lo que podía considerarse como sentencia de muerte de la infeliz y hermosa doncella, es necesario saber lo que era la familia en el siglo XV de nuestra era: en la familia no había entonces más que una voluntad, que era la del esposo ó el padre, que ajustaba la suya á la tradición de la familia.

Tanto respetaba María esta tradición, que de ser libre su voluntad, hubiera vacilado mucho en unirse con uno de los belicosos solariegos de Achúriaga, temerosa, como su padre, de que sus predecesores se alzasen de las fosas de San Vicente para maldecir la unión que hubiese llevado al tálamo de Aranguren uno de aquellos á quienes vedaba aspirar á él el santo símbolo de paz que sombreaba el escudo de armas del solar más honrado de Mendi-erreaka.

Pero ¡ay! aun en aquellos tiempos en que las mujeres, y sobre todo las hijas tenían á toda hora hasta en el hogar doméstico el nombre de señor en los labios, la razon y la voluntad solian ser esclavos del corazon.

El buen Peruchon de Carranza se acercó un dia á su amo, y le dijo con discrecion suficiente para que nadie pudiese oir sus palabras:

—Señor, el estudio de las dolencias humanas me ha enseñado una cosa muy triste.

—¿Cuál, buen Peruchon?

—La de que cuando ménos la mitad de las dolencias que aquejan á las mujeres tienen su origen y causa en el alma.

—¿Qué quieres decirme con eso, Peruchon?—preguntó Martin al honrado anciano, cuyos ojos rebosaban lágrimas, á pesar de que solia vanagloriarse de que nunca las habia derramado en el ejercicio del arte á que se dedicaba.

—Quiero deciros, señor,—respondió el viejo con voz entrecortada por los sollozos,—que reniego de toda mi experiencia y de todo mi saber, puesto que no alcanzan á dar salud á quien quisiera ver con ella, aunque se llevara el diablo á la humanidad entera empezando por mí.

Martin quiso ensayar una sonrisa al ver la desesperacion un tanto grotesca del viejo, pero no tuvo valor para ello, y ántes bien se sintió hondamente conmovido, sin duda adivinando quién ocupaba el fondo del pensamiento del empírico.

—Explicate, buen Peruchon, explicate,—dijo Martin echando amorosamente su brazo al hombro del anciano. ¿Quién es el doliente que tanto se apena y desespera?

—¡Quién ha de ser sino vuestra hija y mi señora Marina, que se nos muere, señor, si vos no inquirís y remediais la enfermedad que padece!

—¿No has acertado tú cuál sea?

—En vano lo he intentado porque solo he conseguido sospechar que procede del alma.

—Pues bien, tranquilízate, Peru, que yo procuraré averiguar si tu sospecha es fundada, y entónces de consuno nos esforzaremos en devolver la salud á la enferma.

Aquel mismo dia Martin, á solas con su hija, interrogó á esta amorosamente instándola á que le confiara la causa de su mal que, no

obstante ser secreta para todos, para él como para Peruchon de Carranza lo era incompletamente. Marina le confesó, en resúmen, que se moria de amor por el mancebo de Achúriaga, por más que su voluntad y su razon luchaban contra aquel amor.

Martin agotó su elocuencia, que hasta tuvo por auxiliares algunas lágrimas que asomaron á sus ojos sin atreverse á descender á sus mejillas, para convencer á su hija de que amaba un imposible; y como la doncella le escuchase sin contradecirle y aun le prometiese hacer el esfuerzo supremo para vencer la pasion que la dominaba, el bondadado padre y buen caballero se separó de la doncella confiado en que, para curar el mal de esta, habia de bastar el remedio que acababa de aplicarle.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Se concluirá.)



LA CRUZ MÁS SANTA



LEYENDA DEL SIGLO XV.

VII.

Las ferrerías de Mendi-erreaka, cerradas, tristes y silenciosas durante oho meses del año, en que les faltaba agua para labrar y solo reinaba alguna animación en torno de ellas durante los de agosto y setiembre, en que se proveían de carbon sus carboneras y de vena su *ragua*,¹ comenzaban á hacer resonar su enorme mazo que se oía hasta de la llanura de Baracaldo, á hacer rechinar sus barquines ó fuelles y á despedir por su chimenea, en la oscuridad de la noche, alta columna de fuego dividida en millares de menudas y resplandecientes lucecillas.

La ferrería de Aranguren solo distaba, como he dicho, algunos centenares de pasos de la torre del mismo nombre, y en las largas veladas de invierno era muy frecuente que sus señores incluso las mujeres, fuesen á pasarlas en la ferrería donde la estancia era grata con lo elevado de la temperatura y animado espectáculo del trabajo de los alegres y viriles *ola-gizonak* ú operarios.

Para comodidad de los *ola-nagusiak* ó señores de la ferrería que iban á disfrutar de este solaz, habia en muchos de aquellos estableci-

(1) La *ragua* ó *arraqua* era una tejavana donde se purificaba ó refinaba con el fuego la vena de hierro destinada á cada *labranza* ó temporada del año en que la ferrería estaba en actividad.

mientos fabriles una especie de tribuna alta que dominaba la fundicion y el mazo y estaba provista de bancos. La mayor parte de las ferrerías del litoral cantábrico, y particularmente las de las provincias bascongadas, eran como dependencia inmediata y obligada de la casa solariega de sus dueños que tenian su principal elemento de subsistencia en su explotacion y la del molino que acompañaba siempre á la ferrería con su tejado blanco que contrastaba con el negro de su compañera. Orilla de un rio ó riachuelo un campo poblado de nogales y castaños entreverados de algunos cerezos y otros árboles frutales; á un extremo del campo, la ferrería y el molino; cerca de estos edificios una casa con tímidas pretensiones de palacio; á más ó ménos distancia, rio arriba, una presa de donde se derrumbaba ruidosamente el agua en forma de cascada, particularmente cuando no labraba la ferrería; y entre el rio y el cauce que partia de la presa, señalando su comienzo la compuerta de madera coronada con dos maderos en forma de cruz que servian de asideros para levantarla y bajarla, un pedazo longitudinal de tierra negra y fértil dedicado á huerta, y en parte, aunque mínima, tambien un jardin, pues no faltaban allí algunos rosales y algunas matas de claveles, de espliego y de tomillo. Esto era lo que veía el que al descender de las montañas dirigia la vista al fondo del valle ó la cañada, oyendo ruido de mazo de ferrería ó cuando ménos de tolba de molino que, unido al ruido del agua de la presa, le traía más ó ménos distinto y con más ó ménos intermitencias el viento que de hácia aquel lado soplaba.

Aunque hasta el siglo XVI no se generalizó el mecanismo con que llegaron hasta el presente las ferrerías, ya á principios del siglo anterior se habia adoptado en algunas, como la de Aranguren, cuyo señor se adelantaba en todo á la rutina de su tiempo; y lo que digo del mecanismo debe entenderse de los operarios, que eran un *arotza* ó carpintero que al mismo tiempo que entendia en la maquinaria hidráulica, entendia en la direccion general del establecimiento fabril, de los *arzallak* ó fundidores que alternaban en el cuidado de la fundicion, de un *ijelia* ó tirador de barras, y de un *gatzamalla* ó mozo martillador que tenia por principal obligacion la de desmenuzar y aprestar en cestos la vena que el fundidor iba echando á la fundicion.

El mismo dia que Martin Sanchez tuvo con su hija la entrevista secreta en que creyó haber convencido á Marina de que debia dar á completo olvido al solariego de Achúriaga, se le presentó el *arotza* de

su ferrería de Arangüren diciéndole que tenía completa la cuadrilla de *ola-gizonak* y en la madrugada del día siguiente comenzaría la labranza, anticipándola á la de todas las muchas ferrerías que existían desde Bengolea á Urkullu, que eran los límites extremos del valle.

En efecto, á la mañana siguiente despertó á los moradores de Mendi-erreaka el ruido del mazo que siempre, al resonar por primera vez de temporada, llenaba de alborozo á todos los de aquella profunda, extensa y amena cañada.

Aquella noche Martin invitó á su hija y á sus servidores predilectos, que eran la anciana que á Marina había servido de madre y Peruchon de Carranza, á ir con él á pasar la velada de la ferrería. Marina, que continuaba sumida en su profunda y habitual tristeza, rogó á su padre que le permitiera abstenerse de aquel solaz, pero al fin accedió á los deseos de Martin, que eran también los de los dos ancianos servidores.

Cuando llegaron á la ferrería alumbrados con un *zuzi* ó manajo de paja con que los acompañó un criado joven y se instalaron en el *zabaya* ó tablado, los operarios acababan de sacar la *zamarra* ó maza de hierro fundido, que dividido en cuatro trozos bajo el mazo de siete quintales, iba á ser reducido por el *ijelia* á largas y delgadas barras bajo el mismo mazo.

Los *ola-gizonak* tenían por único vestido una camisa de lienzo crudo que les cubría por completo desde el cuello á los pies calzados con toscas sandalias, y el negro tizne del carbon diluido con el constante y copioso sudor, desfiguraba por entero su fisonomía.

Los operarios cantaban alegremente al compás de su faena, y cuando vieron llegar á los señores, guardaron silencio por respeto á los mismos, pero no tardaron en proseguir su canto.

De repente Marina se estremeció, como si una corriente eléctrica hubiera chocado en ella. Era que el *ijelia*, al empezar su faena, cantaba en lengua euskara, que entónces aun era la vulgar no solo allí, sino también dos leguas más al Oeste, ó sea hasta el valle que comprende á Galdames y Sopuerta:

Por mucho que en el yunque
bata el mazo mayor,
mucho más en mi pecho
bate mi corazón.

¡Ay corazón que bates

con incesante afán
y ni aun al batir tienes
la dicha de esperar!

Aquel estremecimiento alarmó á Martin y á sus servidores, pero pronto se tranquilizaron uno y otros oyendo decir á Marina que el canto del *ijelia* la habia estremecido, no de dolor, sino de placer, cuya causa no acertaba á explicarse, y viéndola pasar las veladas en que repetidas veces se repitieron los cantos, incluso el del *ijelia* con bienestar y alegría que hacia tiempo habian desaparecido de la doncella.

VIII.

El *olanagusia*, su hija y sus servidores predilectos continuaban pasando las veladas en, la *zabaya* y Marina recobró maravillosamente la salud y la alegría, merced indudablemente, segun la autorizada opinion de Peruchon de Carranza, á aquella diaria distraccion y á la influencia, segun él mismo muy poderosa en las doncellas, de los efluvios férricos que allí recibia.

Una mañana se presentó el *arotza* á Martin dándole cuenta de que el *ijelia* habia desaparecido de la ferrería la noche anterior, apenas sacada la *zamarra*, y añadiendo que se veia en la necesidad de buscar quien le sustituyera, cosa que sentia mucho, pues el *ijelia* era buen oficial, y en lenguaje y trato más bien parecia nacido para caballero que para *ola-gizon*.

—Si sabeis de dónde es, ó á dónde ha ido, dadle espera y avisadle la que le deis.

—Eso, señor, es imposible,—contestó el *arotza*. —Llegóse por la ferrería un anochecer, cuando se preparaba la labranza, ofreciéndose á desempeñar la plaza de *ijelia*, única que quedaba vacante: díselas, porque me pareció honrado y vigoroso mancebo, y ni él ha dicho de dónde era, ni yo ni nadie se lo ha preguntado, porque, á decir verdad, señor, nos inspiraba á todos respeto más de amo que de compañero, y viéndole naturalmente poco comunicativo, no queríamos importarle con preguntas que si por acaso alguno le hacia, contestaba á medias y con disgusto, si bien con cortesía impropia de nuestra condicion.

Martin despidió al *arotza*, autorizándole para que reemplazase a *ijelia* si este no tornaba en todo aquel día, y en seguida, asaltado por súbita sospecha, encerróse á solas con su hija y se la comunicó. Su sospecha era la de que el *ijelia* no fuese otro que el mancebo de Achúriaga. Marina, de cuya sinceridad no dudaba ni había dudado nunca, le confesó que desde la primera noche que asistió á la *zabaya* y oyó el canto del *ijelia*, concibió la misma sospecha, que pronto se había convertido en ella en íntima certidumbre, por más que su razón rechazase la idea de que mancebo como el de Achúriaga pudiera amarla hasta el extremo de aceptar aquel sacrificio, sin más esperanza de recompensa que la de verla, sin hablarla.

A este punto llegaba la confidencia de Martin y su hija, cuando oyeron, calzada abajo, pasos de cabalgadura que cesaron al llegar á la torre, y un instante despues Peruchon de Carranza se acercó á la puerta de la estancia anunciando á su señor que un caballero deseaba verle.

Martin se apresuró á bajar al encuentro del recién llegado, que esperaba en una cámara ó recibimiento del piso bajo, y con gran sorpresa suya, se encontró con el mancebo de Achúriaga, que vestía el traje de caballero y ceñía espada.

Martin le abrazó con gran benevolencia que al mancebo arrasó los ojos en lágrimas, y cerrando la puerta de la cámara, le invitó á sentarse y se sentó á su lado.

La tradicion vulgar de Mendi-erreaka que siglo tras siglo viene conservando y puntualizando esta sencilla, pero ejemplar historia hasta el punto de decir que á pesar de que las cristalinas aguas del torrente de Urállaga que corrian al pié de la torre de Achúriaga, y de las que el mancebo había hecho porfiado uso, son maravillosas para quitar manchas de carbon y vena, Martin adquirió completa certidumbre de que el *ijelia* y el mancebo eran uno mismo al reparar en manos y faz del mancebo; la tradicion de Mendi-erreaka no puntualiza las primeras explicaciones que mediaron entre Fernando de Achúriaga y Martin Sanchez de Aranguren.

Solo dice la tradicion que Martin Sanchez se estremeció de alegría al pensar cuán profundamente amada era su hija, y de espanto al pensar cuán profundo dolor sería el de su hija al ver aquel amor sin recompensa.

—Señor,—exclamó el mancebo,—si el único obstáculo que en-

contrais para darme el nombre de hijo, es la tradicion belicosa de mi linaje, yo puedo hacer desaparecer ese obstáculo, y os aseguro que no me costará trabajo alguno el hacerle desaparecer, porque el espectáculo de paz, de abundancia y de amor que me ha ofrecido vuestra noble casa, me ha hecho mirar con horror la tradicion belicosa de la mia. Dispuesto estoy á romper para siempre esa tradicion.

—¿Cómo la romperéis?

—Jurándooslo solemnemente sobre la cruz de mi espada de caballero.

—No acepto tal juramento sobre tal cruz que está manchada de sangre fratricida,—contestó Martin Sanchez.—Sobre otra cruz más santa que la de la espada le habeis de prestar si quereis que mi hija y yo le aceptemos, y yo os dé el nombre de hijo, y seais digno sucesor mio en el honrado solar de Aranguren, cuyo escudo sombrea el santo símbolo de la paz.

—Señaladme la cruz que más os plazca.

—Pues venid conmigo y jurad sobre ella.

Así diciendo, Martin Sanchez salió de la torre con el mancebo, y ambos se encaminaron ribera arriba.

Al llegar á la ferrería, entraron en la huerta, y siguiendo la direccion del cauce, llegaron á la presa y se detuvieron ante la compuerta, donde Martin se descubrió la cabeza, imitándole en esto el mancebo.

—Sobre esta cruz,—dijo Martin señalando la cruz formada con dos maderos para servir de asidero á la compuerta,—sobre esta cruz que es doblemente santa, porque si es símbolo de la Religion de Nuestro Señor Jesucristo, tambien lo es del trabajo pacífico, fecundo y santo, sobre esta cruz me habeis de jurar que renunciáis para siempre la tradicion belicosa é impía de vuestra casa y linaje, y aceptáis la pacífica y gloriosa de la casa y linaje de Aranguren.

El mancebo se arrodilló al pié de la compuerta, y poniendo su diestra mano sobre la tosca cruz, pronunció con solemne y enérgica voz el juramento que Martin Sanchez de Aranguren le exigía.

Y hecho esto, arrancó de su cinto la espada, hizola dos pedazos apoyándola en su rodilla, arrojólos á la presa, y ambos caballeros tornaron ribera abajo hácia la torre.

Las tradiciones de Mendi-erreaka han conservado por largo tiempo el recuerdo de las bodas de la doncella de Aranguren y el mancebo de Achúriaga, pues un viejo llamado Juan de Sasia, que hace cosa de

veinte años murió de más de noventa en Escauriza, que es como si dijéramos la capital de Mendi-erreaka, me contó que cuanto él era muchacho todavía se decía allí, para ponderar la esplendidez de las bodas: «Han sido las bodas de Aranguren.»

ANTONIO DE TRUEBA.

¡IPARRAGIRRE!¹

«Maxima debetur poetæ reverentia.»

I.

¡Iparragirre! Ikusten zaitut
 Oraindik ere mendiyán,
 Nola zuazen, Homeroen gisa
 Kantatzen bide guzian:
 Ikusten zaitut oraindik ere,
 Alako lira tristian,
 Onen soñubak zabalduzikan
 Bi mundubaren artian.

Ikusten zaitut nola zuazen
 Gitar sar baten laguntzan,
 Onekin negar, onekin kanta
 Egiñikan bat batian:
 Bañan samíñak izana-gatik
 Franko zure barrenian,
 Zure malkoak Chukatzen dira
 Onen soñu samurrean

¡Iparragirre! Orrengatikan
 Nere barrenak nai dizu
 Oroitz bar zuri guztiz gozoa
 Biotzetikan moldatu;

Odola daukat euskaldunena,
 Eta zañak zaizkit sutu,
 Nere izate guzti-guztiyak
 Nai dizulako donkitu.

II.

Neguko egun otz beltz batian
 Chorien kantik gabian,
 Chimist zorrotzen argi autsien
 Isiltasunen erdian,
 Antsi batzubek ziran sentitzen
 Baserri baten atian,
 Ta irikirik arkitutzentzan
 Mutill gazte bat aurrian.
 Eche barrenen sartu ta gero
 An su ondoan jarririk,
 Lana bazuten onen gosia
 Iñola ezin aserik;
 Onek zituben begi alayak
 Berez argiya izanik,
 Masallak berriz zuri-gorriyak
 Amalau urte emanik.
 Erreparatu ziotenian
 Nolako gustora zegon,

(1) Composicion premiada con *mencion honorífica* en el certamen literario celebrado por el Ateneo científico y literario de Vitoria.